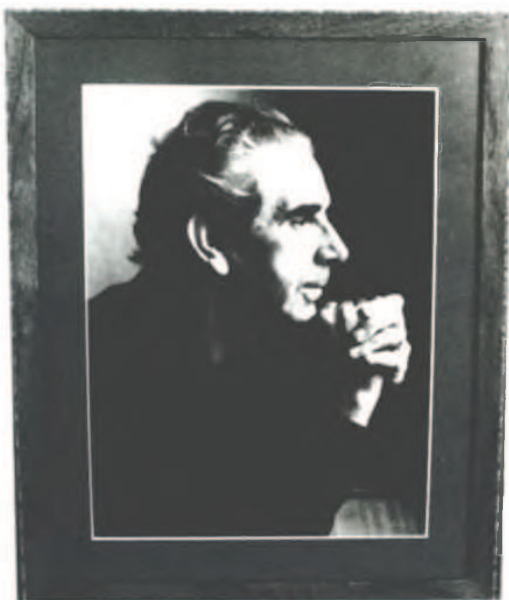


KOLDO MITXELENA Y SU NIÑEZ.

Ramón Múgica Lecuona



Nos conocimos hace muchos años. Éramos unos niños; eran tiempos en que calzábamos alpargatas, tratábamos a nuestros aitas con gran respeto y les hablábamos de "beorri"; las monedas que circulaban y aparecían en nuestros exhaustos bolsillos eran la chiquita y la gorda, y los domingos con un real adquiríamos un bocadillo con su sardina donde Mutro, o en el quiosco instalado por Dominguez, debajo de la casona de Antía. Aún nos sobraba dinero para comprar una entrada en el cine y ver *Miguel Strogoff* o el *Correo del Zar*. Creíamos un poco en los sacamantecas, y por la noche no dormíamos si veíamos *El fantasma de la Ópera*. Todo el mundo trabajaba y se divertía, pero sin tantos ruidos y algarazas. Al amanecer, sonaban las campanas anunciando el nuevo día, y al atardecer volvía la "illeskilla" a coronar solemnemente y con lentitud su ocaso, invitando con tiempo y sin prisas, a la recogida a nuestros hogares.

Después la tarea diaria en la escuela o en el colegio, íbamos a los bajos del Onbide a dar solfeo con D. Bernardo de Urquía, organista de la parroquia, y cierta tarde nos fue llamando a unos cuantos y nos invitó a ir a visitar a un chico de la calle Arriba, quien por enfermedad larga y penosa no podía salir de casa. Accedimos de buena gana. Me acuerdo perfectamente de los primeros que acudimos a la cita, Joaquín Azcue, Bonifacio Olaizola, José María Salaverría y un servidor. Luego se fue ampliando el número y nos alternábamos para lo que en principio era para nosotros una pequeña aventura.

Como si fuéramos a hacer una cosa grande nos dirigimos a casa de Koldo, que vivía en la calle Arriba, detrás de la Iglesia, que por el otro lado daba al "Topo". Entramos en el portal y bajando un par de escaleras dimos con una estancia bastante amplia, donde su padre tenía instalada una cestería, al fondo unas ventanas amarillas y todo iluminado por una gran bombilla limpia pero desnuda. Su madre, una enjuta mujer con gafas, rosadas mejillas y moño arriba, a la antigua usanza, nos hizo la presentación: "*ara emendire zure launak*".

La verdad es que nos impresionó aquel niño sentado y como atado a una silla sin poder moverse de cintura para abajo, cubiertos los pies por una manta. Su rostro blanco y delgado resaltaba entre unos ensortijados cabellos como el azabache y unos ojos negros, brillantes, profundos y muy penetrantes. Al principio no nos dijimos nada hasta que después de esbozar una sonrisa nos empezó a hablar, en un castellano limpio y rápido, y sin proponérselo nos subyugó. El tema fue de algo que tenía entre sus manos, que acababa de leer, y nos lo quería comunicar. Las aventuras de *Dick Turpin* o *Bufalo Bill*, eran, por lo visto, su obsesión. Obsesión y entusiasmo que nos quería transmitir con sus peculiares ademanes, gesticulando

mucho y sonriendo siempre. Se rompió así el hielo y empezamos a hacerle preguntas, y él se crecía, y hablaba y no callaba, todo feliz, contándonos al detalle las aventuras de sus legendarios héroes.

Según iban pasando los días fuimos cogiendo confianza. Nos llamaba la atención lo bien que hablaba el castellano. Nosotros lo hablábamos bastante mal, ya que no habíamos tenido tiempo material de leer los libros que él había asimilado entonces. "Los kalekumes", aunque en nuestras casas utilizábamos el euzkera, veíamos ya cómo en la calle se estaba poniendo de moda el castellano.

Y así pasaban aquellas tardes, pasaban los días y los meses, comentando nuestras pequeñas aventuras de la calle y del colegio, mientras en una mesa desvencijada se iban agolpando libros de Salgari, Julio Verne, Robinsón Crusoe y alguno de Walter Scott como su *Ivanhoe*. De tal manera influyeron las aventuras de éste, que la cestería se convirtió en una improvisada palestra y después de haber sido armados caballeros, con una cesta en la mano izquierda y una vara de las largas para rematar la misma, luchábamos para ver quién vencía al contrario, entre los aplausos y risas de nuestro amigo, hasta que uno de los contendientes rodaba por los suelos.

Dejábamos la cestería toda revuelta y realmente parecía un campo de batalla. Al día siguiente encontrábamos la palestra limpia y tersa, así como los libros bien ordenados en la pequeña mesita del rincón.

Pasó mucho tiempo y nuestro amigo seguía inmóvil en su silla, hasta que lentamente empezó a mover las piernas y a dar unos vacilantes pasos. El tumor blanco que tanto tiempo lo tuvo postrado había desaparecido. Más tarde pudo dejar los libros de aventuras y pudo iniciar sus estudios de bachillerato.

Hace unos días bajaba yo del monte y pasé por el Instituto "Koldo Mitxelena" de Rentería. Jóvenes de ambos sexos entraban y salían con sus carpetas y mochilas. Estos jóvenes, pensaba yo, habrán oído hablar de la sapiencia de este hombre, sabrán mucho de su capacidad intelectual, se aprovecharán de su investigación en el mundo de las letras, pero no sabrán nada de su fuerza moral, de su espíritu de gigante, de este hombre de hierro, que supo sobreponerse a las vejaciones y vicisitudes que tuvo que vencer y soportar. Me dieron ganas de ponerme frente a ellos y, a voz en grito, hablarles de su precaria niñez, de aquel niño que nunca pudo jugar con sus amigos. Añadir a esto una guerra civil cruel entre hermanos, nada más empezar a estudiar, en la que termina como perdedor defendiendo sus ideales. Luego viene un largo calvario de campos de concentración, cárceles y penales, los juicios rápidos seguidos de dos penas de muerte. Y entre el hambre, las penurias, las rejas, los miedos y los amaneceres de sobresalto, este hombre tiene la gran fuerza de voluntad de empezar a estudiar, él sólo, la lingüística, desentrañando la aridez de las lenguas muertas, llegando a ser uno de los especialistas más grandes de Europa.

A mí y a mis compañeros de la niñez nos queda la gran satisfacción por lo menos de haber servido de divertimento a este amigo que, como un genio pasará a la historia.